



ACTUALIDAD

4

UN PLAN PARA LA EUROPA NUEVA

Stanley HOFFMAN

Hace apenas siete meses, durante una reunión internacional de científicos, un distinguido editor de Alemania occidental pronunció un optimista discurso en el que describió a la Europa que deseaba ver existir hacia el año 2000, una Europa en la que se mantendrían fáciles y múltiples contactos entre sus dos mitades. Alguien le señaló que había olvidado hacer mención del muro de Berlín. La razón de tal omisión, replicó el que hablaba, era la de que si Alemania oriental lo destruía, Alemania del oeste quizá tendría que levantar otro muro, a su vez, para impedir la entrada de los alemanes orientales.

Uno

La rapidez de los acontecimientos acaecidos últimamente ha sido tal que lo inesperado se ha convertido en la norma. En unas cuantas semanas, el dominio comunista en los países de Europa oriental controlados por los soviéticos se ha venido extinguiendo pacífi-

camente y la unidad alemana se ha convertido, de pronto, en un problema internacional fundamental. Ha comenzado a tener lugar una carrera entre la acelerada escapatoria de los alemanes orientales que abandonan su jaula y el lento y complejo proceso de integración de Europa occidental; ciertamente, entre lo que Charles de Gaulle solía

***La rapidez de los acontecimientos
acaecidos últimamente ha sido tal
que lo inesperado se ha convertido
en la norma.***

llamar la «Europa desde el Atlántico hasta los Urales» y la más pequeña Europa occidental de los Doce. Si entendemos por revolución un terremoto histórico cuyo comienzo nos toma por sorpresa y cuyas sacudidas y repercusiones no pueden preverse, entonces, lo que estamos presenciando es una revolución.

¿Por qué los hombres de gobierno y los de estudio no fueron capaces de pronosticarla? En tanto en cuanto la revolución se inició con Gorbachov y no podría haberse desenvuelto sin él, debemos atribuir este fallo a la teoría que rigió al pensamiento occidental en materia de la Unión Soviética: la teoría del totalitarismo, que suponía que el Estado había logrado controlar o neutralizar a la sociedad civil, y que para comprender lo que estaba ocurriendo en la URSS bastaba la «Kremlinología», o estudio de las personalidades y sus respectivas posiciones, arriba o abajo, en el Kremlin. La teoría rival principal, y que contaba con pocos adeptos, nos describía a un sistema burocrático, autoritario, en el que se hallaban bien integrados intereses organizados.

Lo que faltaba en estas nociones, aparte del dinamismo y la pericia política del propio Gorbachov, era el conocimiento del grado y la variedad de los descontentos existentes en la sociedad soviética, y, por encima de todo, de lo que se podría designar como la generación de Gorbachov: la convicción creciente entre personas de cuarenta y cincuenta y tantos años de edad, con cargos importantes en el sistema soviético, de que el sistema existente se había vuelto cada vez

más ineficiente, peligroso para el poder soviético y contrario a los intereses del pueblo de la URSS. La posibilidad de compararlo con sistemas extranjeros, gracias a los viajes al exterior y a los múltiples contactos con extranjeros que la era de la distensión hizo posible, ha desempeñado un importante papel en la configuración de dicho consenso. Es más fácil siempre percatarse de un consenso, así como analizar las razones que explican su formación, luego de que se ha creado que durante su incubación; como fue el caso por ejemplo, del consenso en lo relativo a la contención que se fue formando en la élite norteamericana entre 1945 y 1947.

Lo que determinó que la nueva situación soviética se pasara por alto tan fácilmente, en este caso, fue el fenómeno de la doble contabilidad característico de los regímenes autoritarios: las mismas personas podrían ser fieles servidores del «estancamiento» de la época de Brézhnev en su vida pública y cada vez más desafectos al mismo en su pensamiento íntimo. Gorbachov les permitió armonizar sus ideas y su comportamiento y proporcionó, a la vez, legitimidad y sentido de orientación a sus creencias.

En el caso de la Europa oriental, a los expertos no les cabían mayores dudas acerca de la falta de apoyo popular al dominio comunista. Pero propendieron a suponer que los soviéticos no aflojarían su presa y subestimaron enormemente los límites fijados por el gobierno soviético a su tolerancia del cambio. Fueron muchos los que pensaron que la URSS sólo toleraría la existencia de variantes locales de la *perestroika* comunista. Cuando se vio claramente que iban en aumento las presiones en favor de un cambio radical, se pensó que los soviéticos podrían renunciar al control ideológico, haciendo valer, al propio tiempo, estricta y enérgicamente, sus exigencias de seguridad nacional. Es cierto que todavía insisten en salvaguardar el Pacto de Varsovia, pero la definición de lo que realmente requiere la segu-

ridad nacional soviética en la Europa oriental parece encontrarse en estado de flujo.

Los observadores occidentales no confiaron en que Moscú se mostrase tan renuente al uso de la fuerza, y a permitir que sus clientes políticos la empleasen, como se mostró Gorbachov. Tampoco midieron plenamente los alcances de la emancipación social respecto del grupo del Partido Comunista, ni la cantidad de la ira y de la impaciencia reprimidas que aguardaban la oportunidad de explotar, en países como Alemania oriental, Checoslovaquia y Bulgaria; inclusive de parte de miembros del Partido Comunista, o de los otrora dóciles trabajadores de la televisión oficial. Tampoco se acordaron de que en diversos momentos de la historia —1848, 1968— el contagio se convierte en fuerza autónoma.

Quienes se dedican a las ciencias sociales no son buenos entendedores de las revoluciones mientras éstas se están realizando (más tarde explican por qué los trastornos se produjeron necesariamente). Hasta ahora, gracias al reciente repudio del uso de la fuerza de parte de los soviéticos, hemos estado viviendo una suerte de 1848 en reversa, y nos sobran razones para regocijarnos de que hayan perdido su poder, sin mediar casi violencia, añejas tiranías. Pero hay motivos de zozobra también, puesto que los sucesos podrían salirse de madre.

Dos

Es preciso examinar seis motivos de aprensión. Primero, que la revolución llegue a un final feliz es algo que depende, en gran medida, de los éxitos que alcance Gorbachov en la propia URSS. Quienes lo apoyan nos dicen que el *momentum* de sus políticas es ya irreversible y que no hay manera de hacer retroceder las manecillas del reloj. Pero ya ha habido relojes a los que les dio marcha atrás; en la historia china reciente y también en la

historia rusa anterior (recuérdese el destino de los antiguos parlamentos en este país). Hasta ahora, Gorbachov ha tenido la destreza suficiente para mantener muchas pelotas en el aire, o para explicar que las que cayeron al suelo es que debían caer; pero es demasiado fácil imaginar que precisamente el mismo *momentum* a que hacen alusión sus partidarios pudiera producir tensiones políticas, étnicas y sociales que él ya no sería capaz de contener y que, una vez más, una prolongada noche de represión envolvería quizá a la Unión Soviética, para alivio de numerosos burócratas y ciudadanos hartos de desórdenes y de escaseces. Esto quizá no tenga que conducir por fuerza a un intento de recuperar por la violencia el control sobre Europa oriental, pero en la medida en que tanto la evolución democrática de esta parte del mundo como la reunificación del continente dependen de la cooperación soviética, un retroceso en Moscú amenazaría gravemente al proceso de cambio en Europa.

Segundo, este proceso no depende solamente de la política interior soviética, sino también del entorno económico internacional; lo cual, en gran medida, se refiere a la economía norteamericana. Una recesión grave les haría más difícil a las naciones occidentales el proporcionar la ayuda que necesitan las naciones del oriente europeo, y frenaría los avances hacia la formación de un solo mercado, relativamente abierto, en la Comunidad Europea.

Tercero, en los países de Europa oriental, y en menor grado en la Unión Soviética (es-

Que la revolución llegue a un final feliz es algo que depende mucho de los éxitos de Gorbachov en la URSS.

pecialmente en sus porciones no rusas), existe una gran laguna entre las demandas y expectativas de una población crecientemente movilizadada y dispuesta a hacerse oír, por una parte, y la capacidad de las instituciones políticas para dar respuesta y canalizar sus aspiraciones. Sobra decir que cada país es diferente. Pero en todos los casos de Europa oriental, y en algunas de las repúblicas soviéticas también (como las del Báltico), la institución dominante —el Partido Comunista— se halla en crisis y, con la probable excepción de Polonia (pero no hay que olvidar que hasta Solidaridad es una coalición), la oposición se encuentra, o bien fragmentada (como en Hungría) o agrupada en movimientos de resistencia creados para desafiar el *status quo*, antes que en torno a programas específicos de reforma. Para rendir fruto, las elecciones libres exigirán que de tales movimientos surjan partidos políticos coherentes, como ocurrió en Europa occidental en 1945.

Esto, a su vez, se llevará tiempo, y se está efectuando una carrera entre el tiempo necesario para hacer las selecciones políticas y el tiempo de que se dispone antes de que los forcejeos políticos y el deterioro económico desemboquen en un desencanto muy extendido entre la gente y en nuevas «soluciones» autoritarias, en naciones que no eran democracias antes de la imposición del comunismo (con la única excepción de Checoslovaquia). Es cierto que las naciones occidentales pueden proporcionar ayuda experta y esforzarse para auxiliar a las nuevas fuerzas políticas del Este a crear partidos

La cooperación francoalemana, que ha sido el motor del progreso en la Comunidad Europea, ha estado sujeta a fuertes tensiones.

libres, sindicatos eficaces, etc. Pero no será tarea fácil. Las naciones occidentales harían bien en procurar coordinar tal asistencia (aunque sólo fuese para protegerse de una ayuda que atendiese demasiado a intereses particulares), y debería ser, a la vez, hábil y discreta, de modo que no constituya intervención en los asuntos de otros. Mucho es lo que se ha escrito acerca de los problemas de las nacionalidades que han surgido en la URSS y podrían aparecer de nuevo en una Europa oriental balcanizada, pero pueden presentarse también graves divisiones ideológicas, entre naciones y dentro de éstas, así como quizá no falten los intentos de cobrarse desquites de parte de grupos llenos de rencor.

Cuarto, el mundo ha vuelto a descubrir el problema alemán. Hace unos cuantos meses, la reunificación alemana parecía ser muy poco probable; ahora, parece ser inevitable y el verdadero problema consiste en saber cuándo —si pronto o tarde— y cómo se realizará. La situación está pletórica de paradojas. Los dirigentes de Alemania occidental manifiestan su ambivalencia: temen la llegada de gente procedente de Alemania oriental, les preocupa el costo que representará elevar la antigua República Democrática Alemana al nivel de la República Federal en un Estado reunificado, pero son incapaces de repudiar la vieja meta de la unidad, sobre todo en un período electoral en el que cada partido considera que debe demostrar que anhela más que sus rivales la unidad nacional. François Mitterrand, que en días anteriores a la apertura del Muro había proclamado que Francia no abrigaba ningún temor a una Alemania reunificada, voló hasta Kiev para encontrarse con Gorbachov, al que alabó y con quien declaró estar de acuerdo, cuando las perspectivas de la reunificación se volvieron ominosas. Inclusive ha mencionado el papel secular francoruso en la preservación del equilibrio en Europa. Los Estados Unidos, que aludieron establecer contactos de alto nivel con la RDA mientras se mantuvo firme su gobierno comunista, en-

viaron a su secretario de Estado a Postdam, a mediados de diciembre, para insinuar que no debería desintegrarse con demasiada rapidez su régimen.

Por cierto que, a veces, parecería que se hubiese restaurado la coalición de la época de la guerra: Francia, el Reino Unido, Polonia, la Unión Soviética y un gobierno norteamericano que no quiere hacer nada que pueda perjudicar a Gorbachov han indicado unánimemente que se oponen a una rápida reunificación, que quieren meter baza en el asunto y que despiertan su recelo las declaraciones unilaterales del canciller Kohl acerca de una confederación y un Estado unitario, efectuadas el 28 de noviembre.

A numerosos alemanes occidentales les ha sentado mal tal recelo. En diversas entrevistas y en la prensa alemana han señalado que han sido miembros leales del Occidente democrático y que la nueva Alemania unida en nada habrá de parecerse al Imperio de Bismarck o al Tercer Reich de Hitler. La República Federal ya es el país industrial y financieramente más poderoso del continente. ¿Cómo podría ser un problema para el resto de Europa el añadido gravoso de otros diecisiete millones de alemanes?

Lo cierto es que el predominio económico de Alemania occidental causa ya tensiones en la Comunidad Europea y que dos clases de una Alemania reunificada provocarían un rechazo particular. Una de ellas sería la de una Alemania reunificada dentro de las estructurales actuales de la OTAN y de la CE. Los soviéticos no habrían de consentir, en efecto, que Alemania oriental simplemente cambiase de bando y se convirtiese en avanzada militar de la OTAN; y la CE, tal cual es ahora, resulta una estructura demasiado frágil para contener y diluir el poderío claramente preponderante de uno de sus miembros. Ciertamente, la CE puede concebirse como un arreglo entre Estados cuyos miembros más grandes —Francia, Alemania

Aunque puedan desempeñar un papel de transición útil, el Pacto de Varsovia y la OTAN se encuentran en mal estado.

occidental, el Reino Unido e Italia— han logrado establecer una suerte de equilibrio de poder.

Es pregunta que aún no tiene respuesta la de si la Unión Soviética utilizaría la fuerza para impedir que el pueblo de Alemania oriental impusiera la reunificación: los dirigentes soviéticos reconocen, en estos días, que verdaderamente existe una sola nación alemana. Pero la simple presencia de varios centenares de miles de soldados soviéticos en la RDA constituye una advertencia para que no se efectúe lo que, a su juicio, sería la anexión a la OTAN de la RDA, y les proporciona un triunfo que a veces, en el pasado, pensaron en jugar, aunque hayan preferido mantener dividida a Alemania. Si el costo de mantener fuerzas en una Europa oriental crecientemente hostil llega a ser prohibitivo, los soviéticos podrían ofrecer la reunificación de los alemanes a cambio del retiro de todas las fuerzas extranjeras de suelo alemán y de la neutralización de Alemania.

Pero esta «solución», que a muchos alemanes, ahora, les parecería difícil de rechazar, sería inaceptable para las potencias occidentales (como han manifestado claramente ya los franceses y los norteamericanos). Una Alemania «neutralizada» y reunida sería un gigante libre de sus trabas, que un día podría decidir no ser neutral; y la neutralización significaría no sólo el final de la OTAN sino también de cualquier sueño de constitución de una organización de defensa puramente europeo-occidental (aliada a los Estados Unidos) y también el final del im-

Lo que se necesita es un acuerdo sobre las tareas principales de una agenda que debe cumplirse por etapas.

pulso a convertir a la Comunidad Europea en una auténtica organización política dotada de vigorosas instituciones centrales y de una diplomacia común.

Acontecimientos recientes han arrojado, por cierto, una sombra sobre el futuro de la Comunidad Europea. Como ocurrió a comienzos de la década de 1960 y durante la recesión de la de 1970, sucesos externos perturban el proceso de formación de la Comunidad debido a que sus miembros principales responden de maneras encontradas a los incentivos, las presiones y los peligros del mundo en general. Antes de la revolución del último otoño, ya había comenzado a sentirse en Bruselas que el entusiasmo de la República Federal Alemana por la Comunidad había comenzado a menguar. Habiendo conseguido un mercado único y sin restricciones para sus bienes, y un sistema monetario europeo dominado por el Bundesbak (que, de tal manera, tiene la capacidad de determinar la tasa de crecimiento y el nivel de empleo de los miembros), Bonn, al parecer, se puso a pensar que todos los desarrollos por encima de los arreglos vigentes quizá podrían actuar como frenos de la libertad alemana de acción. Y ya se estaba llevando a cabo un debate acerca de si la Comunidad debía poner toda su atención en el fortalecimiento de sus instituciones o, por el contrario, mantenerse lo suficientemente «suelta» como para atraer nuevos miembros y mantener a un mínimo las diferencias entre su estructura y los grupos de fuerza (como los seis países de la zona europea de libre comercio: Austria, Finlandia, Islandia, Noruega, Suecia

y Suiza), que anhelan compartir los beneficios de la integración económica.

Los acontecimientos de los últimos meses han agravado estas tensiones. Se consideraba que la Comunidad debería coordinar la ayuda occidental a Polonia y Hungría, pero Bonn ha tomado muchas iniciativas unilaterales al respecto, y Kohl no consultó a sus socios antes de pronunciar su discurso sobre la reunificación del 28 de noviembre. El presidente del Bundesbank y varios ministros han manifestado su escepticismo respecto del plan en tres etapas, de abril de 1989, de Jacques Delors, para la unión monetaria, que convertiría de hecho al Bundesbak en un banco europeo federal.

Sobre todo, ¿contará la República Federal con la energía y los recursos para ser, a la vez, el banquero de la Comunidad (como en el pasado) y el pagador de Europa oriental (y particularmente de Alemania oriental, siendo que, paradójicamente, sólo la afluencia de la ayuda de Alemania occidental podría contribuir a acallar el clamor de los ciudadanos de Alemania oriental en pro de la unidad con la porción mucho más rica de la nación)? ¿Se sentirá Bonn tan tentado por las oportunidades económicas y políticas que se le ofrecen en el Este, o tan absorbida por sus propias preocupaciones acerca de la reunificación, que dejará de ser el motor de desarrollo de la Comunidad Europea?

En la cumbre europea efectuada en Estrasburgo del 8 al 10 de diciembre, Kohl tranquilizó a sus colegas al aceptar, en particular, convocar en diciembre de 1990 a la conferencia sobre la unión monetaria que había tratado de aplazar. Pero los resultados positivos de la reunión de Estrasburgo son, sobre todo, promesas y habrá de transcurrir cierto tiempo antes de que pueda verse claramente que se vayan a cumplir.

En el entretanto, la cooperación francoalemana, que ha sido el motor del progreso en

la Comunidad Europea, ha estado sujeta a fuertes tensiones. Así también, es preciso tomar en cuenta que la señora Thatcher insistirá en que se aplace la «profundización» de la Comunidad —esto es, que se deje de pensar en abarcar otras cuestiones, como las de la unión monetaria y en materia de política social, y el fortalecimiento de sus instituciones—, de manera que se pueda «ampliar» para admitir a nuevos miembros del Este; y será interesante conocer el parecer alemán al respecto. Pero ya se puede observar que un acuerdo sobre la abolición de los controles fronterizos que Francia, la Alemania occidental, Holanda, Bélgica y Luxemburgo estaban a punto de firmar tendrá que ser aplazado debido al temor que sienten los socios de Bonn a la posible llegada de masas de alemanes del Este (y también de muchos de los turcos de la República Federal), con los que aumentarían sus ya colosales problemas de inmigración.

Los acontecimientos recientes plantean la cuestión del futuro de la seguridad europea. Este es el sexto problema. De pronto, al cabo de muchos años de discutir el posible conflicto entre el Este y el Oeste, las funciones principales de las dos alianzas, la OTAN y el Pacto de Varsovia, se han convertido en la conducción de los trabajos de desarme paulatino ¡y en el control del problema alemán! Cada pacto da a su superpotencia la última oportunidad de controlar los acontecimientos y a la otra superpotencia una suerte de seguridad de que los acontecimientos no se saldrán completamente de madre.

Pero aunque puedan desempeñar un papel de transición por demás útil, ambas alianzas se encuentran en mal estado. Varios miembros del Pacto de Varsovia se sienten o bien tentados por la neutralidad o bien anhelan que las tropas soviéticas abandonen sus territorios. Y aun cuando la OTAN se encuentre en mejor forma, la Alemania occidental ha decidido unilateralmente reducir drásticamente sus fuerzas y existen graves discrepancias entre la

República Federal, por una parte, y el Reino Unido, Francia y los Estados Unidos, por la otra, acerca de la necesidad de fuerzas nucleares de corto alcance, cuya función primordial parece ser, sobre todo en opinión de los alemanes, la de matar alemanes.

Por encima de todo, está el problema irresuelto de cómo garantizar la seguridad de toda Europa en el mundo posterior a la guerra fría, en el cual los Estados Unidos podrían llegar a ser una presencia militar mucho menos visible en el continente, mientras que inclusive una URSS llena de problemas y reformada seguiría siendo un gigante militar a la puerta.

Tres

Para que todos estos temores se desvanecieran, tendría que salir bien un abrumador número de cosas. Es cierto que la velocidad a que se están efectuando los cambios en el Este quizá se reduzca. Pero lo que se necesita es un gran esfuerzo concentrado de parte de los países interesados para recuperar el control de los acontecimientos, no con el objeto de impedir la realización de los deseos de pueblos que por fin están recuperando su libertad, sino con el objeto de impedir que los efectos externos de los trastornos nacionales tiren por tierra un sistema internacional paradójicamente estabilizado (y congelado) por la guerra fría.

Hasta ahora, podríamos decir, todo va bien. La diplomacia de las últimas semanas

Una Europa con una mitad occidental más integrada y una porción oriental desintegrada sería un lugar inseguro.

se ha conducido inteligentemente. En Malta, los dirigentes de las dos superpotencias pusieron toda su atención en lo que todavía controlan: las reducciones de armamentos y las relaciones económicas recíprocas. En Estrasburgo, los Doce hicieron avanzar lo de la Comunidad Europea. Gorbachov ha reafirmado su preferencia por una Alemania dividida pero, al mismo tiempo, ha dejado abierta la cuestión del futuro de esta nación. El discurso pronunciado por el secretario Baker el 12 de diciembre, en Berlín, ha trazado habilidosamente los planos de «una nueva arquitectura para una era nueva», en la que se asignan misiones nuevas a la OTAN —que se convertiría en una alianza política dedicada sobre todo al control de los armamentos—, a la CE y al proceso de Helsinki (el instrumento predilecto de Gorbachov), es decir, la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE), que se convertiría en el vehículo para el fomento, a la vez, de elecciones libres y de mercados más libres. Y el canciller Kohl ha indicado claramente, al menos por el momento, su buena disposición a subordinar la búsqueda alemana de la unidad a un consenso internacional.

Es imposible que tantos gobiernos resuelvan tantos problemas al mismo tiempo, pero no basta con distribuir papeles entre toda una variedad de instituciones (y con señalar que en éste como en otros respectos las instituciones internacionales son los pilares indispensables del orden mundial). Lo que se necesita es un acuerdo sobre las tareas principales de una agenda que debe cumplirse

Ha llegado el momento de pensar con profundidad en el diseño de la «casa común europea».

por etapas; un procedimiento tomado de la historia y las prácticas de la CE. Tengo que limitarme aquí a esbozar algunos de los principios y de los pasos que parecen necesitarse.

Podríamos tomar como texto la conferencia de prensa, plena de presciencia, que el general De Gaulle pronunciara el 4 de febrero de 1965 (con ocasión del vigésimo aniversario de Yalta), aquella en la que dijo que el problema alemán era «ciertamente el problema europeo» y en la que se refirió a la angustia alemana «creada por su propia incertidumbre acerca de sus fronteras, su unidad, su sistema político, su papel internacional, de modo que cuanto más indeterminado está su destino tanto más perturbador le parece ser a todo el continente».

La solución a las «anomalías alemanas», advirtió, no podría alcanzarse mientras no se efectuase un cambio radical en Rusia, la cual debía «evolucionar de manera tal que ya no cifre su futuro en la sujeción totalitaria», en su propio país o en el exterior, sino en un «progreso alcanzado en común por hombres y pueblos libres». Es decir, tal solución no se alcanzaría antes del final del dominio soviético sobre la Europa oriental, y antes de la transformación de la Comunidad Europea en un instrumento de cooperación política y militar. Cualquier arreglo de la cuestión alemana «implicaría necesariamente un establecimiento de sus fronteras y una regulación de sus armamentos mediante un acuerdo con todos sus vecinos», así como asignarle a Alemania un gran papel en el desarrollo de los recursos de Europa «desde el Atlántico hasta los Urales» y en la ayuda al Tercer Mundo.

Lo que importa es, primero, un reconocimiento del derecho del pueblo alemán a la autodeterminación y, a la vez, del interés colectivo de la comunidad internacional en el cómo y el cuándo de la realización de dicho anhelo; en segundo lugar, un reconocimiento de la necesidad de actuar simultáneamente en varios frentes: los de la cooperación eco-

nómica, la integración política y la seguridad militar. En tercer lugar, el ponerse de acuerdo, ya que no sobre un calendario exacto de acciones, sí al menos respecto de un plan general, cuya realización se haga por etapas. Aun cuando las cuestiones y las incertidumbres son tales que habrán de pasar muchos años antes de que esta especie de plan pueda ejecutarse plenamente, el rápido acuerdo respecto de un plan constituye la mejor oportunidad que tienen todos los principales interesados de recuperar el control de los acontecimientos y de orientar todos los cambios internos en una dirección internacionalmente pacífica y cooperativa.

La primera etapa abarcaría 1990. Envolvería, primero, el acuerdo sobre reducción de armas convencionales que se está negociando por representantes de las dos alianzas en Viena y fue discutido en Malta; en segundo lugar, la reunión, a fines de año, de la conferencia de la CE sobre la unión monetaria, la puesta en operación del Banco Europeo de Desarrollo, creado en la cumbre de Estrasburgo, y la firma del acuerdo entre la Comunidad y los seis países de la zona europea de libre comercio, cuyos rasgos generales fueron anunciados el 7 de diciembre; y, en tercer lugar, mediante un acuerdo entre Francia, el Reino Unido, los Estados Unidos y la URSS, medidas prácticas de cooperación entre los ministerios de las dos Alemanias, especialmente en asuntos económicos.

La etapa segunda, que comenzaría después de las elecciones en Alemania occidental a fines de 1990, podría contemplar el establecimiento de algunas «estructuras confederativas» entre las dos Alemanias, el reconocimiento formal, de parte de las dos Alemanias, de la frontera polacoalemana, y una nueva transformación de las dos alianzas, mediante un acuerdo (aparte del de 1990) que eliminaría los arsenales de armas nucleares de corto alcance, así rusas como norteamericanas, y reduciría de nuevo las fuerzas de las superpotencias en suelo eu-

Varios miembros del Pacto de Varsovia se sienten o bien tentados por la neutralidad o bien anhelan que las tropas soviéticas abandonen sus territorios.

ropeo (así como la fuerza de los miembros europeos de la OTAN y del Pacto de Varsovia).

Este período comprendería también la realización de la segunda etapa del Plan Delors sobre la unión monetaria (la creación de un sistema de bancos centrales que formularían una política monetaria común), luego de la ratificación de las enmiendas al Tratado de Roma (la Carta constitucional de la CE) que deberán formularse en la conferencia sobre la unión monetaria. Así también, durante esta fase, la Comunidad Europea negociaría acuerdos para su asociación con aquellos países de la Europa oriental que desearan hacerlo.

La tercera etapa —que se alcanzaría probablemente a partir de 1994— exigiría la realización de una reforma constitucional en la propia CE: un aumento de los poderes presupuestarios y legislativos del Parlamento Europeo de Estrasburgo, con el objeto de poner fin al «déficit democrático» de la Comunidad, así como el fortalecimiento de la Comisión Europea de Bruselas, que es el auténtico motor internacional de la Comunidad, pero todavía no su poder ejecutivo (esta función aún pertenece al Consejo de Ministros puramente intergubernamental). Al mismo tiempo habría de comenzar la tercera etapa del Plan Delors, que pide la creación de tasas de cambio fijas y de un sistema bancario central federal; y la CE firmaría con todos los países de Europa oriental la misma clase de acuerdo que ahora está negociando con la zona europea de libre comercio.

Gorbachov ha reafirmado su preferencia por una Alemania dividida pero, al mismo tiempo, ha dejado abierta la cuestión del futuro de esta nación.

Durante esta fase, a mediados de la década de 1990, se efectuaría también un cambio decisivo en la estructura de las dos alianzas. Las actuales serían sustituidas. En el Occidente, existiría una organización de seguridad de Europa occidental aliada a Estados Unidos. Podría basarse, quizá, en la actualmente adormilada Unión Europea Occidental, pero no cabe duda de que debería quedar incorporada en el sistema institucional de la Comunidad Europea. En el Este existiría una organización de seguridad de Europa oriental formada por los Estados dispuestos a abstenerse de la neutralidad y a cooperar entre sí, en alianza con la URSS. En el caso occidental, esta transformación requeriría la revisión del Tratado del Atlántico Norte de 1949, que es notablemente flexible. Quedarían en el continente solamente contingentes simbólicos o muy pequeños de tropas soviéticas y norteamericanas.

Al final de esta etapa, y en caso de que los dos electorados alemanes así lo desearan, se produciría la reunificación y la nueva República Federal Alemana firmaría un acuerdo internacional que definiría su *status* militar. En él se dispondría la desmilitarización del territorio que es ahora la Alemania oriental y se fijarían los límites y la índole de las armas y las fuerzas con que podría contar el nuevo Estado.

Finalmente, en la cuarta etapa, a fines de la década de los noventa, se establecería un sistema paneuropeo de seguridad, que iría más allá de las medidas para inspirar confianza que la Conferencia sobre Seguridad y

Cooperación en Europa habría dispuesto en las tres primeras etapas para acompañar los cambios en las alianzas. Tal sistema nuevo traería consigo la firma de un pacto de no agresión mutua y la creación de una organización común para la verificación del control armamentista, así como de un conjunto de organismos para la cooperación económica y en materia de política exterior, no sólo entre la Comunidad y los demás países europeos sino también con las (antiguas) superpotencias.

Evidentemente, no es éste más que un simple esbozo. Pero un rápido acuerdo sobre algo que se le parezca, quizá una conferencia de la CSCE en 1990, cumpliría numerosos fines. Confirmaría y frenaría, a la vez, la enérgica marcha alemana hacia la unidad (actualmente, más vigorosa en la Alemania oriental, territorio carente de identidad nacional). Daría satisfacción a los intereses esenciales de seguridad de la Unión Soviética. Fomentaría el desarrollo de un ente político de la Europa occidental lo suficientemente fuerte como para no ser dominado por una Alemania reunificada, y capaz de servir como fuente de asistencia y como incentivo para la cooperación entre las naciones del Este europeo, con lo que se les ayudaría a vencer sus añejas rivalidades; pues una Europa con una mitad occidental más integrada y una porción oriental desintegrada sería un lugar inseguro.

Así también, liberaría gradualmente a Europa de su sujeción a las superpotencias, sin dejarles de asignar un papel, y al reducir su carga militar les daría una mejor oportunidad de atacar sus respectivos problemas internos de decadencia. Y tomaría en cuenta constructivamente las dos paradojas más notables del reciente período de posguerra: la del interés soviético en la existencia de una Comunidad de la Europa occidental exitosa y fuerte, capaz de lidiar con Alemania y de inyectar alguna ayuda estabilizadora a la Europa oriental, y la del interés occidental en

apoyar a Gorbachov, impidiendo que la desintegración del Imperio soviético se produzca de manera tan catastrófica que fortalezca los argumentos y la decisión de sus fuerzas conservadoras internas.

Ocuparse simultáneamente de tales tendencias es una tarea de romanos. Ciertos número de lugares están a merced de aconte-

cimientos y de explosiones, pero los movimientos de las multitudes y las manifestaciones locales tendrán menos probabilidades de conducir al desastre si la pericia política colectiva es capaz de proporcionarles dirección y sentido. Ha llegado el momento de pensar con profundidad en el diseño de la «casa común europea» imaginada por Gorbachov.

CIDOB

AFERS INTERNACIONALS

Elisabets, 12 - Tel. 302 64 95 - 08001 Barcelona

Publicación trimestral de Relaciones Internacionales
Atención especial a los siguientes bloques temáticos:

Paz y Conflictos
América latina
Países del Este
Africa negra

Reflexión y análisis permanente sobre el carácter y naturaleza de las Relaciones Internacionales coyunturales